

MUJER, FAMILIA Y MUNDO RURAL. DOS MODELOS PARA UN CAMBIO SOCIAL

TRINIDAD PABLO CERVERA
RUTH PÉREZ SEGOVIA
M^a DOLORES VARGAS LLOVERA

Area de Antropología de la Escuela Universitaria de Trabajo Social.
Universidad de Alicante.

Los cambios que se están produciendo en nuestra sociedad afectan de una forma importante a las mujeres y, dentro de ellas, existen diferencias entre el medio urbano y el medio rural, no sólo en sus aspectos laborales, sino en todas sus formas de vida. A pesar de todo lo que se ha conseguido, dista mucho de una situación ideal.

El interés por conocer los cambios surgidos en la vida cotidiana y, sobre todo, laboral de la mujeres en el ámbito rural, partió del trabajo de campo llevado a cabo en el curso 1994-95, con el objetivo de llegar a un mejor conocimiento de la situación real de esta parte tan importante de la sociedad. La investigación se ha llevado a cabo en dos pueblos de la provincia de Alicante: uno situado en la costa y otro en el interior de dicha provincia.

Las transformaciones producidas en la identidad de la mujeres rurales requiere un estudio más amplio del que podemos presentar hoy, además de una investigación sistemática en tiempo y en espacios. Sin embargo, es una primera aproximación para conocer las actitudes y cómo se desarrolla la actividad de la mujer en un ámbito de sociedad tradicional.

Los cambios producidos en el trabajo que desarrollan fuera y dentro del hogar, en su vida social y en su cotidianidad a través de las historias de vida, es parte de la busca que se ha realizado. La ruptura de los modelos tradicionales, que desde hace poco tiempo han sido la clave en la sociedades rurales, nos llevarán al conocimiento de los procesos de cambio que están experimentando las mujeres en la compleja realidad del medio rural.

Tradicionalmente, el mundo rural ha estado relacionado de manera casi exclusiva a las actividades agrarias: agricultura y ganadería, incluyendo las zonas pesqueras. La mujer ha sido un apoyo incondicional a las labores del campo, no sólo familiares, sino comunitarias, dentro de una reciprocidad o por la necesidad de ganar algún dinero.

A pesar de los cambios que ha supuesto la influencia de la industrialización, que ha llegado a los rincones más remotos, el mundo rural sigue en parte con sus actividades agrícolas productivas, que en muchos casos se convierten en las necesidades prácticamente familiares, es decir, que se realiza una agricultura a tiempo parcial, ya que en la mayoría de los casos el sustento familiar viene del trabajo realizado en fábricas, talleres o dentro de la economía sumergida, tanto para hombres como para mujeres. «Los esfuerzos productivos de los varones resultan a menudo insuficientes para asegurar la supervivencia de la unidad familiar. De esta manera, las mujeres han comenzado a abandonar parcialmente su papel económico basado en el trabajo doméstico para dedicarse durante unas horas o plenamente a un trabajo inscrito en la economía del dinero» (Martin y Voorhies, 1978:329).

Pero el hecho que la mujer se incorpore al mercado del trabajo no lleva consigo el que se compartan con el marido las responsabilidades domésticas y, mucho menos, cuando el trabajo realizado por la mujer se enmarca en una economía informal y sólo se considera una ayuda a la familia. Y a pesar de que las mujeres trabajen, la estructura familiar va cambiando muy despacio. Lo cierto es que los hombres siguen comportándose como si de sociedades tradicionales se tratasen, es decir, ostentan la autoridad, delegan en sus mujeres las obligaciones familiares y ellos siguen valorando su tiempo libre con referencia a sus aficiones: el bar, la partida, la caza, el fútbol...

El orden tradicional en cualquier sociedad rural sitúa a la mujer como el eje principal dentro del hogar. Sólo las precarias situaciones de la agricultura han hecho que dejen el espacio doméstico para incorporarse a las cadenas de la producción industrial en sectores profesionales, si se les puede llamar así, con poca cualificación, poca renumeración y en horarios flexibles que permiten a la mujer seguir asumiendo de forma exclusiva todas las responsabilidades en cuanto a organización del hogar.

Las profundas transformaciones que experimenta el medio rural convergen con un radical planteamiento del papel de la mujer en la sociedad, que se expresa, sobre todo, en sus aspiraciones a una identidad basada en la autonomía individual y no en una subordinación de su «reinado» doméstico.

Muchas investigaciones coinciden en que el papel que ha ocupado tradicionalmente la mujer en la organización de la actividad económica rural ya no convence a las más jóvenes, que buscan en la industria y en los servicios locales o no locales las oportunidades de empleo que les permita salir adelante. La inserción salarizada de la mujer en el mercado de trabajo supone un primer elemento de objetivación de la actividad femenina, y aparece como exponente básico en el mundo rural.

Los ejemplos de estos cambios en sociedades rurales que vamos a exponer, son un intento de conocer desde la realidad social, qué es lo que de verdad está ocurriendo con las mujeres que se encuentran inmersas en de formas de vida, hasta por lo menos hoy, que llamamos tradicionales y analizar los cambios en la estructura familiar y en busca de su identidad personal, con respecto a generaciones anteriores, para poder, de este modo, verificar hasta qué punto el hecho de que la mujer forme parte del mundo asalariado, sea dentro o no de la economía informal, influye para que estos cambios se produzcan.

El primer ejemplo es el de una población de unos 1.500 habitantes, perteneciente al interior de la provincia de Alicante. Es un pueblo en el que apenas existen servicios. La mayoría de la población masculina trabaja en la extracción del mármol en las diversas canteras que existen en sus montes. Un bajísimo porcentaje de hombres trabaja en fábricas de zapatos o en la agricultura y prácticamente toda la población femenina entre 25 y 70 años se dedica a la confección de calzado en la economía sumergida. Trabajo que realizan en el propio domicilio y que aporta unos ingresos extras a la economía familiar.

Muchas mujeres acceden a este tipo de trabajo después de un período en talleres o fábricas y casi siempre después de contraer matrimonio. Se caracteriza por jornadas agotadoras en ciertas épocas del año y en ausencia de trabajo en otras.

Se ha realizado un seguimiento en ocho familias, y la mayoría de las mujeres reconocen que tienen que trabajar, puesto que su aportación económica es fundamental para el mantenimiento de la economía familiar. Mientras que dos de las informantes reconocen, que, si bien sus maridos tienen suficientes ingresos para «llevar la casa adelante», hacen zapatos, «porque así tenemos más dinero para caprichos». Sólo cuatro trabajaban en fábricas antes de tener hijos, pero al nacer éstos tuvieron que dejarlo para hacerse cargo de su crianza, pero siguieron trabajando en casa, afirmando que no han tenido opciones a la hora de elegir su trabajo, puesto que «no es como ahora, que casi todas las chicas estudian y pueden tener mejores trabajos».

Una de las informantes, afirmó, no con cierto resentimiento, que, cuando acabó su educación básica, sus padres le compraron una máquina para aparar zapatos y le dijeron: «Ahí tienes tu futuro».

En esta zona, durante la época de la vendimia, muchas mujeres abandonan su trabajo habitual y se dedican bien a vendimiar en los campos, bien a la limpieza y envasado de esta fruta para su comercialización. Este trabajo de temporada puede realizarse a sueldo o en los campos de su propiedad, como forma de colaborar con el trabajo de su marido. Lo que es indudable es que las mujeres lo consideran una forma de conseguir ingresos extras. Pero no por ello, a pesar de las horas que dura este tipo de jornada laboral, dejan de encargarse

de las tareas domésticas. Lo mismo ocurre cuando trabajan en el zapato, que aunque varíe según la temporada, ya que hay épocas en las que las exigencias del mercado obligan a trabajar hasta altas horas de la madrugada, tienen que compaginarlo también con las obligaciones del hogar.

A pesar de la época de la vendimia, el tipo de trabajo que realizan estas mujeres no les permite establecer relaciones con el exterior, sino más bien todo lo contrario, ya que su ámbito productivo es su propia casa, lo realizan a solas y tienen su tiempo libre muy limitado y, por lo tanto, pocas posibilidades de relaciones sociales.

Reconocen que, a pesar de que trabajan muchas horas, al no tener horarios fijos, impide que se den cambios reales en sus hogares: «si trabajara en una fábrica, mi marido me tendría que ayudar, pero como él se va fuera todo el día y yo me quedo, cuando el viene todo está hecho». Aunque aceptan que las relaciones de pareja son más igualitarias, a pesar de que los maridos no colaboren mucho en los trabajos domésticos, sí que hacen pequeñas cosas que para los hombres de antes eran impensables: cambiar pañales, sacar los niños a pasear, etc. Pero lo que sí consideran es que ha habido un cambio importante en cuanto a la toma de decisiones, puesto que creen que ahora se habla más con la pareja y se deciden las cosas entre los dos, mientras que en la casa de sus padres, era el padre el que tenía la última palabra,

También reconocen que tienen más libertad para «entrar y salir», que hay una diferencia con sus madres: «ahora no está mal visto que una mujer entre en un bar a tomar café con las amigas».

Aseguran que tanto sus maridos como ellas son fruto de una educación sexista, en que las hijas eran las que ayudaban en la casa, mientras que los chicos no aprendían nada. El que hoy, sus maridos «ayuden un poquito», les ha costado mucho. Y todas coinciden en afirmar que es necesario educar a los chicos de ahora de otra manera, puesto que las chicas también estudian y, por lo tanto, tendrán que acostumbrarse a colaborar en las tareas de la casa. Aquí ya puede apreciarse un cambio de mentalidad de estas mujeres con respecto a las generaciones anteriores.

Este es un ejemplo de una pequeña población rural. En el modelo siguiente, la transformación laboral, la integración de la mujer y el cambio familiar en una sociedad de influencia urbana, ha hecho que la desruralización prácticamente sea un hecho.

Se trata de una población litoral, cerca de la capital de la provincia, de unos 13.000 habitantes, con una industria bastante escasa, debido, quizás, a la cercanía de Alicante, que acapara, al ofrecer mejores servicios, las iniciativas de instalación de industrias.

La pesca que en otras épocas fue muy importante, perdió hace tiempo ese protagonismo que caracterizaba al pueblo. Ahora es un sector que

pretende ser relanzado con la construcción del puerto pesquero y la lonja de pescado. Sin embargo, se puede afirmar que es el sector de la construcción el que se ha colocado a la cabeza de la economía local, debido al extraordinario crecimiento urbanístico que empezó a experimentar con el «boom» turístico de Levante.

El comercio, debido también a la expansión turística, se ha desarrollado de gran manera, sobre todo en la última década y, fundamentalmente, entre el sector alimentario y la hostelería. Respecto a la agricultura se puede decir que no ha sido una fuente principal de riqueza. La falta de recursos hidráulicos ha sido determinante para que los cultivos se limiten prácticamente al almendro, el olivo y el algarrobo. El turismo es la faceta o actividad que más riqueza y puestos de trabajo genera. En torno a él gira la economía local.

Las redes sociales de esta población no llegan a ser todo lo compactas que podrían ser por el hecho mismo de su condición heterogénea. Es un pueblo en el que conviven generaciones muy dispares y de diversos lugares, si tenemos en cuenta el hecho de que está en plena transformación hacia lo que será un pequeño núcleo urbano, como ocurre en la mayor parte de los términos del litoral. El desarrollo de su actividad económica le está apartando de aquellas actividades que fueron básicas para su economía: la pesca y el comercio de sus productos.

Antes, los hombres se dedicaban a la pesca. Esto significaba embarcarse, en el mejor de los casos, con la caída del sol y volver a casa al mediodía. Esta forma de ganarse la vida condicionaba las formas de relación social y familiar. El tiempo que los hombres pasaban con sus familias era escaso, pues estaban en la mar o descansaban. Aquí es donde el papel de la mujer se hacía determinante, pues ella era el sostén de la estructura familiar. El vínculo o nexo de unión entre los miembros de la unidad familiar estaba en la figura materna, incluso por encima de las abuelas, que tenían un gran papel, ya que la madre se convertía por las circunstancias en el elemento más activo de la familia, mientras que la abuela ya había llegado a ese período de merecido descanso, pero adquiría un status de sabiduría y experiencia que la capacitaba e instituía como valuarte y resorte de la transmisión cultural con una gran capacidad de influencia y decisiones básicas.

En este contexto, la mujer no sólo solía dedicarse a las labores del hogar, sino que frecuentemente desempeñaba una importante labor de intermediaria económica al mercadear el producto que los hombres habían capturado en la mar. Normalmente, todas las mujeres de la casa preparaban la pesca para ser vendida en lonjas o mercados o se desplazaban lejos para cambiar pescado por otros productos, sobre todo de la huerta.

La formación de la mujer estaba en manos de la madre, guiada ésta por los consejos de la abuela. Lo más imprescindible era que las mu-

chachas supiesen trabajar bien y atender a su marido para que él se sintiese satisfecho de los suyos. Aparte de estas cualidades que las mayores debían inculcar a las más jóvenes, eran enseñadas para que supiesen ser diestras en el mercadeo y en el tejido de las redes, a lo que ayudaban a los hombres.

No había ninguna forma específica de compromiso y matrimonio, exceptuando que el pretendiente debía contar con el visto bueno de la madre, del padre y, sobre todo, de la abuela. En este aspecto, era condicionante el origen familiar del pretendiente, pues dentro de las familias pesqueras las había mejores y peores. Los criterios de clasificación se basaban en la laboriosidad y honradez de sus miembros.

La mujer poseía el status de la familia, sabían que era una pieza básica de la unidad. Pero, de cara al exterior, era el hombre el que ostentaba el status de dominio y autoridad sobre los miembros de su familia, tanto era así que, a pesar del rol que jugaba la abuela, la última palabra siempre estaba en manos del cabeza de familia.

La pérdida del cabeza de familia no ocasionaba una desestructuración familiar, todo lo contrario. La unidad familiar se hacía aún más férrea y cada uno seguía desempeñando su papel. La ausencia de la figura paterna era respetada. La viuda adquiría un rol de prestigio y su status se situaba, dentro de la familia, a la altura de la capacidad de decisión de la figura de la abuela. Se entendía que la mujer pasaba a asumir muchos de los atributos del status familiar del esposo.

Con el tiempo, la tradición pesquera de esta comunidad se ha ido perdiendo y la actividad económica de sus habitantes tuvo que buscar otras salidas. La pesca podía seguir siendo el soporte para las familias más antiguas en el oficio y con más tradición, pero las nuevas generaciones comenzaron a vivir el cambio.

La eclosión del turismo afectó especialmente al litoral levantino, sobre todo a Benidorm, y las poblaciones en torno a la costa tomaron ejemplo de su crecimiento económico y de su desarrollo. De esta manera, un pueblo sin infraestructura ni un sector de la construcción ni de servicios, pasó en unos pocos años a asimilar toda la mano de obra procedente de los trabajadores del mar.

Las mujeres comenzaron a compartir de un modo habitual las enseñanzas, que antes sólo eran con vistas a la mera alfabetización. Las madres también eran conscientes de la necesidad de que así fuese, que no imprescindible, pues el matrimonio y formar una familia, como horizonte de la vida de una mujer, seguía teniendo peso.

Las mujeres iban a instruirse también, pero no tenían los mismos visos de formación que los hombres, de los que se exigía más por su condición masculina de superioridad sobre la femenina. Eran épocas en las que lo normal era que un chico pudiese llegar a terminar el bachiller sin que extrañara, pero una mujer sólo terminaba el graduado,

porque la tarea doméstica y su destreza en ellas seguía considerándose la llave del futuro. La familia tradicional era un valor fuerte, arraigado en unas mentalidades a las que se les exigía pasar del mundo pesquero, más tradicional, al mundo del desarrollo urbano.

Ahora el hombre tenía un papel más inherente a lo que hoy concebimos: seguía siendo el cabeza de familia, pero sin el status rígido que le confería esa autoridad. En este cambio social trabaja normalmente fuera de casa, dentro de una jornada laboral que le permite mantener una relación normalizada con los miembros de su familia. Ya no era necesaria una figura femenina que asumiese la capacidad de influencia y decisión, porque el marido la asumía completamente. Desaparece el status de privilegio de la abuela, y las decisiones referentes al medio doméstico seguían en manos de la mujer, pero aquellas relaciones con la economía o la formación de los hijos..., ya eran cosa del padre.

Hoy, las mujeres de la familia, sin incluir la figura materna, se hallan en la misma situación que la de sus hermanos, pues se han incorporado al sistema educativo y se están formando. Pero, en caso de necesidad, aún se ve prioritario, en algunos casos, que sea la mujer la que deje su formación para que sean sus hermanos los que puedan continuarla.

A pesar de todo, ha habido una transformación del status de los miembros de las familias. Ya no existe una nítida dualidad basada en el sexo, sino que hombres y mujeres de la unidad doméstica tienden a acaparar el mismo peso dentro de las relaciones familiares.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A lo largo de estas páginas hemos expuesto dos modelos de situación de la mujer rural. Se puede decir que están viviendo una actitud de cambio, con distinta evolución.

El resultado de este trabajo de campo nos aporta dos posiciones distintas a la hora de analizar los resultados. Sus condicionamientos son distintos y las conclusiones también. Las características específicas de cada uno de ellos nos proporcionan diferentes reflexiones.

En la zona del interior de la provincia de Alicante, existen dos hechos que deben tenerse en cuenta: los hombres realizan un trabajo duro en la extracción del mármol, con un alto grado de peligrosidad y con jornadas agotadoras, además de mal remunerado, y esto obliga a las mujeres a realizar trabajos en el mercado no regulado, para hacer una aportación económica al mantenimiento de la familia. Pero al trabajar en este sector, influye a la hora de operar cambios en la estructura familiar, puesto que la falta de un horario fijo y de un sueldo no equiparado al de los hombres, hace que las mujeres sigan asumiendo de

forma exclusiva el trabajo doméstico, es decir, siguen las formas patriarcales de organización, al menos en cuanto a la división sexual del trabajo se refiere, puesto que el trabajo en los zapatos parece que no cuenta.

Por lo tanto, los cambios tan aireados producidos en la sociedad industrial, como consecuencia de la incorporación de la mujer al mercado del trabajo, no son tales en este pueblo, que siguen conservando, al menos en sus aspectos básicos, la división sexual de los roles dentro de la familia. Es cierto que se han producido algunas transformaciones dentro de la estructura familiar, pero más como consecuencia de la propia evolución social que por el hecho de que la mujer entre en el proceso de producción.

Puede afirmarse que, aunque ha habido una evolución de la familia tradicional que ha girado hacia una mayor igualdad entre el hombre y la mujer, y una mayor independencia de ésta, pero lo cierto es, que en este ambiente rural, sigue existiendo un ámbito para lo femenino y otro para lo masculino.

Otra conclusión que puede desprenderse de la incorporación de la mujer al proceso de producción, es que, en la mayoría de los casos, más que una decisión tomada libremente, es una exigencia del proceso de consumo de la sociedad actual; a esto hay que añadir el hecho de que las mujeres con poca cualificación, como es nuestro caso, y con una familia a su cargo, tienen muy pocas opciones a la hora de elegir qué tipo de trabajo quieren realizar, y se sienten obligadas a coger el trabajo que les permita aportar ingresos a la economía familiar, además de cuidar de los hijos y cumplir con el papel de esposa y madre que la familia tradicional le ha transmitido.

El modelo en el litoral levantino, no lleva la misma evolución. En él los cambios se han producido en un menor espacio de tiempo. La mujer en este lugar ya no pertenece a un sistema particularista de orientación doméstica, si bien es cierto que perteneció a él. Pero una serie de cambios de gran importancia han supuesto la ruptura con este sistema, para entrar a formar parte del que podríamos llamar sistema urbano occidental.

La incorporación de la mujer al mundo del trabajo y el fin de un sistema de relación familiar, como el de estas familias pesqueras, han supuesto la adopción de nuevas formas de familia en las que se confiere a sus miembros un nuevo status. Es cierto que la mujer, en este nuevo modelo de unidad doméstica sigue relegada, en cierto modo, a las tareas del hogar, pero puede ser posible que entre en competencia directa con el hombre si ésta trabajase fuera de casa.

La posición de la mujer hoy en esta población puede ser ejemplo de desruralización: ya no está sujeta al estereotipo cultural del rol femenino que mantenían en los albores de su desarrollo económico.

En el proceso de cambio de la mujer rural, aún queda mucho camino que recorrer y que las circunstancias del medio ayuden a que esta transformación sea una realidad para conseguir una situación de igualdad real para todas las mujeres.

BIBLIOGRAFÍA

- MARTIN, K.M. y VOORHIES, B.(1978): *La mujer: un enfoque antropológico*. Ed. Anagrama. Barcelona
- MARTÍNEZ VEIGA, U.(1995): *Mujer, trabajo y domicilio*. Ed. Icaria/Institut Catalá d'Antropologia. Barcelona.
- Mº DE ASUNTOS SOCIALES (1991): *Mujer y ruralidad. El círculo quebrado*. Ed. Instituto de la Mujer. Madrid
- RAMOS, M.D. (1993): *Mujeres e historia: reflexiones sobre las experiencias vividas en los espacios públicos y privados*. Ed. Universidad de Málaga. Málaga
- TILLION, G. (1993): *La condición de la mujer en el área mediterránea*. Ed. Nexos. Barcelona